

débilmente los rayos del Sol eterno de la verdad y la vida. Y como la religion es el vínculo de union de la humanidad con Dios, el tipo del hombre crece y se trasfigura en sus actos religiosos, porque los actos de adoracion al Sér Supremo, por ser dirigidos á él, se revisten de un carácter de imponente sublimidad.

La irreligion por el contrario, deja descarnada y patente la miseria del hombre. Yo amo al hombre religioso donde quiera que lo encuentro y como quiera que se llame. La razon tendiendo á Dios, á ese foco de luz infinita é inextinguible, me parece admirable y grande; es la marcha natural de todo lo criado, desde el inmenso astro hasta la infinitesimal molécula. Las rebeliones de la criatura contra el Criador, de lo que nació ayer contra lo que siempre ha sido, de lo que tiene vida de dependencia contra lo que tiene la plenitud del sér, son ridículas, mas aún que criminales ó insensatas.

§ II

TIRO (SUR).

Febrero 28.

A las seis de la mañana salimos de San Juan de Acre. Fuera de la ciudad hay multitud de huertos muy bien cultivados y fértiles. Los granados, los naranjos y los limoneros tienden allí sus profusas ramas, y forman bosques tupidos, debajo de los cuales no penetran los rayos del sol. Allí se ven también casas de campo modestas, pero de buen gusto, donde viven los personajes acomodados de la ciudad, que se trasportan diariamente desde su retiro al lugar de sus negocios, caballeros sobre asnos humildes. Este sitio es llamado por los indígenas *Bahjeh* (lugar de delicias).—

Caminaba yo delante de mis compañeros, galopando al través de aquellos jardines que recreaban la vista con su verdura y perfuma-

ban el ambiente con sus olores. Distraído de esta suerte, llegué hasta el borde de un torrente llamado *Nahr-es-Snirieh*. Y sin pensar lo que hacia, obligué á mi caballo á entrar en el agua. Observé, sin embargo, que el noble bruto me oponia obstinada resistencia; pero no atribuyéndolo á este incidente gran importancia, con ayuda de los acicates y el látigo obligué á ceder al caballo, que echó á andar apresurado, salpicándome de agua al levantar en alto sus patas. Apenas habia avanzado algunos pasos, cuando percibí que la corriente era de tal manera rápida, que el animal tenia que luchar mucho para no dejarse arrastrar por ella. Convencido yo, sin embargo, de que no habia mas paso que aquel para atravesar la corriente, continué aguijoneándolo para vencer su resistencia.

En esto escuché voces detrás de mí, volví la cabeza y miré á Fortunato que venia corriendo á rienda suelta.

—No avance vd., me gritaba; vuelva vd. atrás.

Entonces fué cuando comprendí el peligro en que me hallaba. Miré en efecto, que mi caballo flaqueaba, y que habia menester extender sus piernas á manera de palancas para resistir al ímpetu del torrente. La profundidad del rio aumentaba además á cada paso, y en el lugar donde me hallaba, mis piés estaban sumergidos en el agua; escuchaba el confuso rumor del torrente que se despeñaba en el Mediterráneo, y dirigiendo los ojos al mar, miré allí caer las aguas espumantes y furiosas.

Entonces volví de frente mi caballo á la direccion de la corriente; y haciéndolo caminar en sentido oblicuo para que no fuera golpeado de través, logré salir felizmente á la orilla.

Mis compañeros llegaron en aquel punto, y hablándome con calor, me hicieron comprender la gravedad de mi imprudencia y el riesgo en que me habia encontrado.

En efecto, á poco de haber salido del rio, miré que la corriente arrastraba gruesos troncos de árboles todavía verdes, con la misma rapidez con que hubiera arrastrado una hoja de paja. De allí en mas,

Fortunato se obligó á marchar siempre delante de nosotros para enseñarnos el buen camino.

Torcimos, pues, á la derecha y remontamos el torrente buen trecho, hasta que encontramos un puente de piedra sobre el cual pasamos.

Tuvimos despues que atravesar todavía otras cuatro corrientes, aunque no tan caudalosas ni rápidas como la primera.

A las once llegamos á Ez-Zib, la antigua Achzib de la tribu de Aser. Aquí fué donde al gran sacerdote Hircan le fueron cortadas las orejas por orden de Antígono, y donde Fasael, por no sufrir la muerte de mano de sus enemigos, se rompió el cráneo contra el muro de su prision. Ez-Zib no es actualmente mas que una aldea miserable que se extiende á las faldas de una colina y á las orillas del mar.

Dos horas despues llegamos á la vista de Tiro. Se presentaba á nosotros al otro lado de un golfo, asentada sobre una península. Atravesamos algunos riachuelos, uno de ellos sobre un antiguo puente romano muy bien conservado, y llegamos á Khan-en-Nakura. Allí, á la vista de la aldea, y dentro de un campo bien cultivado, nos tendimos á la sombra de un árbol é hicimos nuestro almuerzo.

El dueño del campo que era un árabe viejo y de gallarda presencia, vino á nosotros con la mayor cortesía, y nos trajo un cántaro de muy buena agua, y un cesto de perfumadas naranjas y limones dulces. Sentóse al lado nuestro y estuvo conversando con Fortunato.

En tanto que conversaba, tenia una especie de rosario en la mano, cuyas cuentas pasaba y repasaba entre los dedos. Pregunté á mi dragoman lo que aquel rosario significaba, y él transmitió mi pregunta al viejo árabe. Este, dirigiéndose á mí, dió una larga explicacion de lo preguntado, y como yo no entendiera palabra, Fortunato ejerciendo su oficio de intérprete, me tradujo puntualmente cuanto mi interlocutor habia dicho:

—El señor dice (habla Fortunato), que esta especie de rosario tiene dos usos entre mahometanos. La gente alegre y de cascos li-

geros hace del rosario un pasatiempo, y por ocupar sus manos en algo, se entretiene en pasar las cuentas entre los dedos. Pero los verdaderos creyentes, los que temen á Alá y tienen gusto en alabarlo, murmuran al pasar cada cuenta de su rosario, una palabra que indica un atributo del Altísimo. Los atributos de Alá son infinitos, pero los principales, ó sea aquellos en que parecen refundirse los otros, son setenta y tres, por lo cual son tambien setenta y tres las cuentas que componen el rosario. Así, todo creyente, al pasar cada cuenta por entre sus dedos, debe decir mentalmente: Alá es omnipotente, justo, glorioso, misericordioso, etc.

Mucho me regocijé de haber obtenido aquella explicacion que hacia tiempo deseaba, pues multitud de veces habia visto el rosario de gruesas cuentas en las manos de los musulmanes, y no habia podido explicarme su objeto.

Concluido el almuerzo, continuamos nuestro camino. Anduvimos durante la siesta por sendas pedregosas y difíciles, algunas de las cuales estaban practicadas en la roca viva, á la falda de altas montañas tajadas á pico sobre el mar.

A las cuatro de la tarde llegamos á un lugar donde hay un acueducto viejísimo, de origen ignorado, cubierto de estaláctitas. Cerca de él hállanse dos pozos antiguos, de construccion romana, de donde sale en abundancia un hermoso riachuelo de buena agua, que fertiliza los campos vecinos, y que despues de dar movimiento á las ruedas de tres ó cuatro molinos, va á arrojarse en el mar. Allí se confunden sus aguas dulces y mensajeras de la vida, con el piélago salado que derrama la esterilidad á sus bordes.

De aquí nos dirigimos á la derecha, para visitar otros pozos mas antiguos y notables todavía. Pasamos por debajo de un acueducto, cuya edad se pierde en la noche de los tiempos, y al cual las cristalizaciones han atribuido formas diversas y extrañas. En algunos puntos, este acueducto afecta la figura de una roca, mientras en otros presenta el mismo aspecto del tronco de un árbol hendido por el me-

dio, y la semejanza es tan cabal, que la médula y las fibras leñosas son claramente perceptibles á los ojos.

Cerca de este acueducto hay un pozo enorme, rodeado de un grueso muro elevado cinco ó seis metros del suelo. Hay una escalera y un plano inclinado, que conducen á la parte superior. Yo subí á caballo con gran comodidad por este fácil camino, y encontré arriba en el espesor de la muralla, bastante espacio para pasear sin peligro. Este pozo tiene forma octagonal; su diámetro es de veintidos metros y de diez su profundidad. El agua nacida allí es de tal suerte abundante, que rebosa en la boca de la construccion, y se derrama por las paredes exteriores; y brota de la tierra con tal fuerza, que se mira hervir su superficie en grandes borbotones, como la de un enorme caldero de agua en ebullicion.

Se cree generalmente que estos pozos de construccion tan admirable y grandiosa, fueron hechos por Salomon, en pago de los servicios que este gran rey de Israel recibió de Hiram, rey de Tiro, con motivo de la construccion del templo de Jerusalem; y se juzga que á ellos hace alusion el Cantar de los Cantares, cuando dice: «La fuente de los jardines, y los pozos de las aguas vivas que corren con impetuosidad del Libano.»

En cuanto al hermano Lavinio, se niega á mirar en estos pozos las trazas de una construccion salomoniana. Las palabras citadas del Cantar de los Cantares, no parecen suministrar efectivamente prueba alguna de que Salomon haya construido estos pozos, y aun es dudoso que de ellos se hable en ese lugar, pues el Libano queda todavía á respetable distancia. Además de esto, los tirios no tenian necesidad ninguna de que Salomon viniera en su ayuda en materia de edificios, siendo así que ántes bien este rey se valió de ellos para la construccion del Templo. El agua debe haber nacido buenamente á flor de tierra, y vista su bondad, como tambien su caudal inmenso, los habitantes del lugar la rodearon con un muro.

El reconocimiento de Salomon á su amigo Hiram, los Libros Sa-

grados nos refieren cómo fué manifestado, pues allí se dice que el monarca israelita daba al tirio veinte mil medidas de trigo cada año, y una cantidad igual de aceite.

Estos pozos se encuentran contiguos á una pobre aldea llamada *Ras-el-Ain* (cabeza de la fuente).

Ras-el-Ain es la *Palæ-Tiro*, esto es, la primitiva Tiro, fundada por Tiro, quinto hijo de Jafet, hijo de Noé; aunque otros aseguran que esta ciudad fué cananea, y fundada por los mismos sidonios, que encontraron este lugar muy ventajoso. Isaías llama á Tiro hija de Sidon.

En tiempo de Josué, Tiro era ya una ciudad fuerte.

En la época de mayor gloria para esta ciudad, el templo adorado por sus habitantes, estaba en una isla vecina llamada *Ericora*, que es el lugar donde existió la segunda Tiro, y donde existe ahora la miserable *Sur*. Hiram, el grande amigo de David y Salomon, unió la isla de *Ericora* al continente, por medio de gigantesca calzada, y de entonces acá, *Ericora* ha quedado convertida en península.

El año 720, A. J. C., los asirios al mando de Salmanasar, se apoderaron de Tiro; pero habiéndose rebelado despues esta ciudad, *Nabopolasar*, rey babilonio, envió á su hijo *Nabucodonosor* para que la sometiera. El cerco duró quince años, y al cabo de ellos Tiro fué tomada y destruida desde sus cimientos. En ese tiempo la ciudad se extendia desde *Ras-el-Ain* hasta la península *Ericora*, y tenia diez y nueve millas de circunferencia.

Despues de esta destruccion, Tiro no fué reedificada en el mismo sitio donde habia sido fundada, sino que se circunscribió á la península *Ericora*. Volvió mas tarde á ser grande y famosa; pero no consiguió elevarse de nuevo al rango de gloria que alcanzó ántes de su destruccion por los asirios. Ahora ocupa su lugar la miserable aldea *Ras-el-Ain*, cuyos habitantes no saben siquiera cuál es la historia del suelo que pisan.

Visitados los pozos, continuamos nuestro camino por el borde del

mar. Poco ántes de llegar á Sur, se mira multitud de aldeas diseminadas por las faldas de los montes. Hay tambien hácia el noreste un *uali* ó valle llamado Sheikh-el-Maashuk, que sirve de mezquita y está situado sobre una roca de mas de doscientos metros de circunferencia y quince de altura. Se cree que en otro tiempo sirvió de asiento á algun templo de Hércules ó Astarte, y todavia se miran los restos de los acueductos que llevaban el agua á aquel sitio.

El nombre de Tel-el-Maashuk (colina del bien amado), puede hacer relacion, segun lo observa el hermano Lavinio, al antiguo templo de Astarte que allí habia, porque Astarte era el *bien amado* de Hércules. Delante del templo habia dos columnas solares; la una de oro, y la otra de esmeralda. Estas columnas representaban los dos polos, el sol y la luna, el alfa y el omega, el cielo y la tierra, el alma y el cuerpo.

A las cinco de la tarde llegamos á Sur (en hebreo, *Tsor*, roca). Es una poblacion de cinco mil almas, y ocupa el lugar de la segunda Tiro, como lo hemos dicho.

Nuestros *mukrs* nos habian tomado la delantera desde en la mañana; así es que cuando llegamos, nuestro cocinero nos esperaba en la puerta de la ciudad, para decirnos que las tiendas estaban levantadas ya en una plaza dentro de la misma poblacion.

A las puertas de Sur se advierten, fuera de los muros, á la derecha y á la izquierda, pequeños montecillos que contienen restos de construcciones. Estos escombros fueron amontonados aquí por órden de Alexandro. Destruida la primera Tiro (Palæ-Tiro), la segunda ciudad fué edificada en la península Ericora, y vino á ser muy en breve rica y floreciente. El héroe macedonio vino á sitiarla, y los tirios rompieron la calzada que unia su ciudad al continente, para hacer imposible todo ataque por tierra. Pero Alexandro hizo llenar el canal abierto, con los escombros de Palæ-Tiro, y siete meses despues se apoderó de Tiro. Todos los habitantes de la ciudad perecieron, con excepcion de quince mil hombres. Seis mil soldados fueron muer-

tos en el recinto de la ciudad, y dos mil crucificados á lo largo de la playa.

El dintel de la puerta por donde entré en Sur, está formado por una enorme columna de granito, derribada y sumergida á médias en la tierra. La vista de aquella columna me causó suma tristeza. He mirado muchas civilizaciones antiguas hundidas en el suelo y enteradas, y nunca he podido contemplarlas sin emocion. He visto en Roma, en Menfis y en Jerusalem, extenderse los campos y levantarse las colinas sobre los restos de los monumentos mas clásicos de la antigüedad. El Foro de Roma está oculto bajo el *campo Baccino*, ó sea el campo de las vacas; las casas y los palacios de Menfis están sepultados en las entrañas de las colinas que rodean un bosque de palmas y un charco de agua fétida; los palacios de recreo de los reyes de Israel y de los tetrarcas de Galilea, que estaban á las puertas de Jerusalem, yacen sumergidos dentro de un monton de materias calcinadas, que lleva el nombre de *colina de las cenizas*. No parece sino que Dios quiere tenga sepultura cuanto pertenece al pasado; hombres, civilizaciones y monumentos. Estos campos, que cubren los restos de edificios soberbios, son la tumba gigantesca de una civilizacion fallecida, y por esto causa tan grande emocion mirar asomados al través del polvo, los restos quebrantados de los monumentos soberbios, ilustres osamentas que todavia no reposan en el seno de la madre tierra.

Entramos en Sur, y atravesando sus calles llegamos á una plaza que, pegada á la muralla, se extiende á la orilla del mar. Allí encontramos levantadas nuestras tiendas. Apeámonos de nuestros caballos, y en tanto que la mesa nos era servida, fuimos á hacer un paseo por la ciudad.

La moderna Sur nada tiene de notable: es una de tantas poblaciones orientales, confusas y pestilentes.

Llegados al ángulo norte de la ciudad, y caminando al borde del mar, nos encontramos en el puerto norte de la antigua Tiro, cegado

actualmente por los escombros, de suerte que no pueden penetrar en él los buques de gran porte. Antiguamente este puerto tenia el nombre de Sidonio.

Sumergidos en el mar por esta parte, míranse grandes restos de construcciones antiguas. Columnas de granito, pórfido y mármol, se levantan dispersas aquí y allá por encima de las aguas. El terreno se ha hundido con el trascurso de los años, y una buena parte de la fastuosa Ericora ha vuelto á sumergirse en el Mediterráneo, de donde alguna erupcion volcánica habíala tal vez levantado.

Continuando nuestro paseo por las playas, llegamos al puerto sur llamado Egipcio, de grande uso en los buenos dias de Tiro, y abandonado ahora.

Hay al borde del mar una muralla en pié, de las que rodeaban la ciudad en tiempo de los Cruzados. En las arenas de la playa, medio sumergidos, hay capiteles delicadamente labrados, y grandes trozos de mármol, de estatuas y columnas.

Esto es todo lo que queda de la opulenta Tiro, la reina de los mares, hija de Sidon, centro de vida de esta ilustre Fenicia, que inventó la navegacion y la escritura; de la soberbia ciudad que envió sus flotas á través de mares no explorados y estableció sus colonias en remotísimos países, traficando con ellos y haciéndolos partícipes de su adelantada civilizacion y su cultura.

Situada Tiro en el corazon de la mar, sus vecinos contemplaron su hermosura. Con abetos de Sanir fueron hechas sus naves, y sus mástiles con cedros del Líbano. De encinas de Basan eran sus remos, y los bancos donde se sentaban sus remeros eran de marfil de la India. El lino pintado de Egipto fué tejido para sus velas; jacinto y púrpura de las islas de Elisa formaron sus toldos. Sus sabios fueron sus pilotos. Los de Persia, de Lidia y de Libia eran los hombres de guerra de su hueste. Cartago, que era su hechura, comerciaba con ella, con muchedumbre de riquezas.

La Grecia, la España y la Capadocia le suministraron esclavos.

Las dos Arabias comerciaron con ella, con corderos, y carneros, y aromas exquisitos y piedras preciosas.

Y Tiro se llenó de soberbia y fué muy glorificada en medio de la mar. Por muchas aguas la trajeron sus remeros, pero el austro la quebrantó en medio del piélago. Subieron contra ella muchas gentes, al modo que sube la mar cuando se hincha. Sus riquezas y sus tesoros, sus cargamentos, sus marineros y sus pilotos, que guardaban todas sus cosas preciosas y gobernaban sus gentes, así como los guerreros y la inmensa muchedumbre que habia en medio de ella, cayeron en el corazon de la mar el dia de su ruina. Al estruendo de la gritería de sus pilotos se turbaron las flotas. Y descendieron de sus naves todos los remeros, los marineros, y todos los pilotos se pararon en tierra y echaron polvo sobre sus cabezas, y se cubrieron de ceniza, y lloraron sobre ella, dando voces con amargura de corazon.

La que con sus mercancías llenó por la mar muchos pueblos; la que con la muchedumbre de sus riquezas dió pompa y majestad á los reyes de la tierra, fué borrada de la mar y cayó en los abismos de las aguas, con sus riquezas y el inmenso gentío que se abrigaba en su seno. Al ver su ruina, llenáronse de pasmo las naciones remotas que habian traficado con ella ó eran sus hijas, y los reyes, atónitos ante el tremendo cataclismo, palidieron y mudaron sus semblantes.

Así fué como quedó cumplida puntualmente la profecía de Ezequiel. Tiro cayó en medio de la mar, y aun el suelo donde se asentaba se ha hundido bajo las aguas.

Los fenicios fueron los inventores de la escritura y los primeros que fabricaron el vidrio y aquella púrpura riquísima con que se engalanaban los monarcas, y que tuvo tanta fama en el mundo. Conforme á la fábula, la ninfa Tiro, amada de Hércules, fué la primera que descubrió esta tinta célebre.

Paseándose un dia á lo largo del mar, en compañía de su amante, un perro quebró entre los dientes un caracol, que le tiñó el hocico de un bello color rojo. Este color dejó prendada á la ninfa de tal

suerte, que Tiro dijo á Hércules: que si queria conservar su amor, habria de proporcionarle un traje teñido de aquel rojo espléndido.

Hércules, no queriendo perder el amor de Tiro, reunió gran cantidad de estos caracoles erizados de púas, y habiéndolos quebrado con su clava, empapó en la sangre que destiló de ellos, una túnica de lino finísimo, y ofreció aquel presente á la ninfa. Tiro, pues, fué la primera en ornarse con un traje teñido de púrpura, cuyo uso fué despues reservado á los príncipes y á los reyes.

Llegamos al extremo sureste de la poblacion musulmana, y visitamos las ruinas de una iglesia que data de los primeros siglos del cristianismo. Porque Tiro abrazó esta religion desde los primeros años de su predicacion. Aquí permaneció San Pablo siete dias, entre sus discípulos y sus hermanos, y pasado este tiempo, los cristianos vinieron á acompañarlo hasta la playa, y arrodillados todos hicieron oracion, y habiendo dicho adios á San Pablo, se embarcó este y partió.

En 1124, Balduino II, rey de Jerusalem, se apoderó de Tiro, ayudado por una flota veneciana. Saladino, vencedor del reino cristiano de Palestina, sitió la ciudad sin lograr apoderarse de ella. Pero despues de la caída de San Juan de Acre en poder del sultán de Egipto, Tiro abrió sus puertas á su emir, creyendo librarse por este acto de toda vejacion; pero fué pillada é incendiada, y todos sus habitantes pasados á cuchillo, á excepcion de los musulmanes.

A principios del siglo XVII, el célebre *sheikh* druso Fakhr-ed-Din, trató de levantarla de su postracion y de restituírle su esplendor antiguo; pero todos sus esfuerzos fueron inútiles. Ahora depende del *pashá* de Damasco.

Las ruinas de la iglesia cristiana son muy considerables, y las murallas están bastante bien conservadas. Hay todavía hácia un extremo del templo dos columnas en pié, de granito y de una circunferencia de siete metros. Evidentemente esta iglesia fué muy suntuosa: la área que comprende es sumamente extensa, y las paredes, aunque derruidas, son de elevacion sorprendente. Orígenes, este gran genio

del cristianismo, de quien San Gerónimo dice que fué grande desde niño, murió en Tiro, y su cuerpo fué sepultado en esta iglesia. De suerte que yo conozco la cuna y el sepulcro de este Padre de la Iglesia: Alexandria y Tiro.

En este templo fué enterrado tambien Federico Barbaroja, que marchando al combate de la Cruz, pereció ahogado en el Selef en 1190.

Los elementos y los hombres parecen haber conspirado de comun acuerdo contra la espléndida ciudad, reina de los mares antiguos. Las predicciones de los profetas fueron exactamente cumplidas. Grandes como las calamidades anunciadas á la ciudad fastuosa, lo fueron tambien las calamidades que se despeñaron sobre ella y la aniquilaron. Atravesaron la distancia gentes innumerables provenientes de regiones apartadas, y marchando reunidas al asalto, hicieron uso del hierro y del fuego contra la gloriosa Tiro, y la derribaron y oscurecieron su gloria, arrojándole encima la mortaja de la muerte. Los terremotos vinieron despues á completar la obra de destruccion comenzada por los hombres, y las ruinas mismas de los antiguos edificios que habian quedado en pié, han perecido. El terreno se hundió y fué á ocultarse en gran parte bajo las ondas del Mediterráneo, y las aguas de este mar, sublevadas en montañas inmensas por el viento, se precipitaron rugientes sobre la infeliz Ericora, é invadiendo aquel terreno demasiado usurpado y reducido ya, lo convirtieron en su arenoso lecho.

§ III

SIDON (SAIDA).

Marzo 1°.

Salimos de Sur á las siete de la mañana, con muy buen tiempo. El camino continuó al borde del mar sin cosa notable, hasta llegar al Nahr-el-Kasmieh (rio de la division) que pasamos sobre un puente de piedra. Este rio es bastante profundo y de aspecto encantador.